

1 Hielo

—Póngale ostiones, camarón crudo, pata de mula, limón y mucho chile —indicó al hombre del carrito de cócteles de marisco.

Néstor sabía muchas cosas después de haber bebido por todo el mundo. La resaca mañanera se conjuraba con una “ostra de las praderas”: yema, jerez, limón y Perrins; si estabas en otra parte, pero ante el mar era mejor el marisco en cóctel picante.

Viajaba a Isla del Carmen fascinado por historias de bucaneros que la doblaban para no ser descubiertos por la Armada española. Los barcos de la Corona, ignorantes de la existencia del cayo, consideraban aquel trozo de tierra una parte del continente. Los piratas mantenían sus bastiones en alguna bahía interior y ocultaban allí doblones, aguamarinas, rubíes, mujeres y el dorado néctar que llevaba a Néstor allí: el ron.

Al bajar del transbordador notó que había olvidado dar cuerda a su reloj. Se había parado a las cinco de la mañana, antes de tomar su última copa en un bar de Campeche. El aguijón matutino del hígado llegó con algún retraso. Buscaba la coctelería Níctamo, pero antes sería encontrar hotel. Tenía calor y su guayabera era reflejo del termómetro. También